

Vacuna

JOSEP OTÓN

En el siglo XVIII, en plena expansión de la viruela, un médico rural de Inglaterra, **Edward Jenner**, observó que cuando los trabajadores de las granjas de vacas se contagiaban de la viruela bovina, luego difícilmente contraían la viruela común. Jenner extrajo el virus de la sangre de una granjera y lo inoculó a un niño. En un primer momento, el pequeño sufrió los síntomas de la infección de los animales, pero, una vez recuperado completamente de la enfermedad, fue inmune a los efectos de la viruela humana. Así nació la primera vacuna, cuyo nombre denota su procedencia. Hoy pondríamos reparos, no sin motivo, al modo de actuar del médico rural que salvó vidas, aunque su modo de proceder no pasaría los controles sanitarios actuales.

Desde que la vacunación se empezó a practicar a finales del siglo XVIII, se desató una enorme polémica. Sus oponentes sostenían que las vacunas no funcionan y que son, o pueden ser, peligrosas. Se discutía sobre la ética de su obtención, la efectividad del método o cuestionaban su seguridad por los efectos secundarios.

Sin embargo, la evidencia médica y científica muestra que la drástica disminución de la mortalidad causada por las enfermedades infecciosas compensa los raros efectos adversos de la inmunización.

Hoy, el Coronavirus se ha cobrado millones de vidas. La comunidad científica ha hecho un esfuerzo titánico para conseguir las vacunas necesarias para detener el avance la epidemia. Es una gran oportunidad para confiar en la ciencia, aunque sin descuidar la ética. Como sociedad debemos evitar que este remedio quede secuestrado por intereses crematísticos y se convierta en una nueva prebenda reservada para los privilegiados del mundo. *

